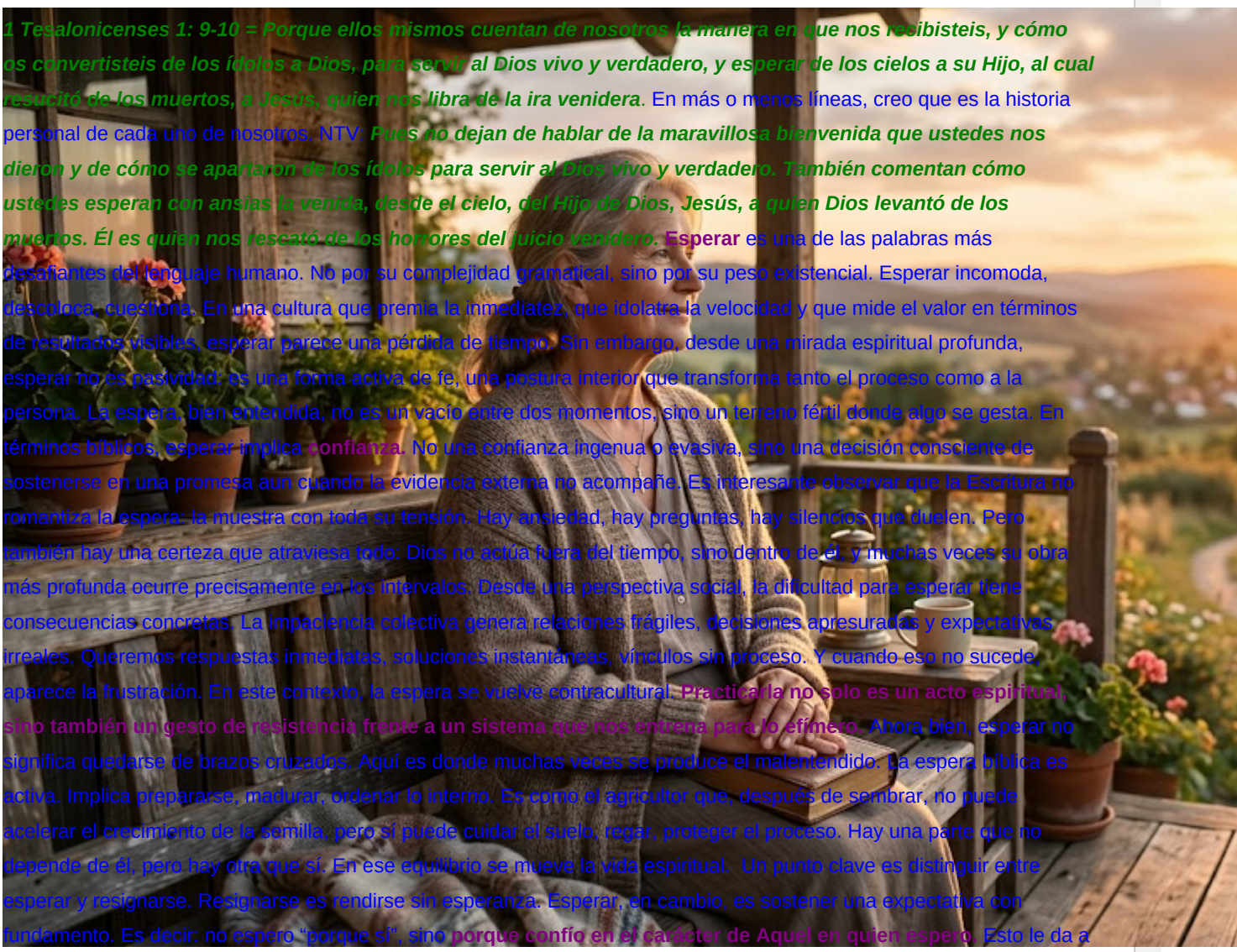
12 – Esperar

Posted on ***January 01,1970*** *by* ***Néstor Martínez***



1 Tesalonicenses 1: 9-10 = Porque ellos mismos cuentan de nosotros la manera en que nos recibisteis, y cómo os convertisteis de los ídolos a Dios, para servir al Dios vivo y verdadero, y esperar de los cielos a su Hijo, al cual resucitó de los muertos, a Jesús, quien nos libra de la ira venidera. En más o menos líneas, creo que es la historia personal de cada uno de nosotros. NTV: ***Pues no dejan de hablar de la maravillosa bienvenida que ustedes nos dieron y de cómo se apartaron de los ídolos para servir al Dios vivo y verdadero. También comentan cómo ustedes esperan con ansias la venida, desde el cielo, del Hijo de Dios, Jesús, a quien Dios levantó de los muertos. Él es quien nos rescató de los horrores del juicio venidero.*** **Esperar** es una de las palabras más desafiantes del lenguaje humano. No por su complejidad gramatical, sino por su peso existencial. Esperar incomoda, descoloca, cuestiona. En una cultura que premia la inmediatez, que idolatra la velocidad y que mide el valor en términos de resultados visibles, esperar parece una pérdida de tiempo. Sin embargo, desde una mirada espiritual profunda, esperar no es pasividad: es una forma activa de fe, una postura interior que transforma tanto el proceso como a la persona. La espera, bien entendida, no es un vacío entre dos momentos, sino un terreno fértil donde algo se gesta. En términos bíblicos, esperar implica **confianza**. No una confianza ingenua o evasiva, sino una decisión consciente de sostenerse en una promesa aun cuando la evidencia externa no acompañe. Es interesante observar que la Escritura no romantiza la espera: la muestra con toda su tensión. Hay ansiedad, hay preguntas, hay silencios que duelen. Pero también hay una certeza que atraviesa todo: Dios no actúa fuera del tiempo, sino dentro de él, y muchas veces su obra más profunda ocurre precisamente en los intervalos. Desde una perspectiva social, la dificultad para esperar tiene consecuencias concretas. La impaciencia colectiva genera relaciones frágiles, decisiones apresuradas y expectativas irreales. Queremos respuestas inmediatas, soluciones instantáneas, vínculos sin proceso. Y cuando eso no sucede, aparece la frustración. En este contexto, la espera se vuelve contracultural. **Practicarla no solo es un acto espiritual, sino también un gesto de resistencia frente a un sistema que nos entrena para lo efímero.** Ahora bien, esperar no significa quedarse de brazos cruzados. Aquí es donde muchas veces se produce el malentendido. La espera bíblica es activa. Implica prepararse, madurar, ordenar lo interno. Es como el agricultor que, después de sembrar, no puede acelerar el crecimiento de la semilla, pero sí puede cuidar el suelo, regar, proteger el proceso. Hay una parte que no depende de él, pero hay otra que sí. En ese equilibrio se mueve la vida espiritual. Un punto clave es distinguir entre esperar y resignarse. Resignarse es rendirse sin esperanza. Esperar, en cambio, es sostener una expectativa con fundamento. Es decir: no espero "porque sí", sino **porque confío en el carácter de Aquel en quien espero.** Esto le da a la espera una dimensión relacional. No es simplemente aguantar el paso del tiempo, sino permanecer en vínculo.

En la vida cotidiana, esto se traduce en situaciones muy concretas. Esperar un trabajo, una respuesta, una sanidad, una reconciliación. Y en cada uno de esos escenarios, la pregunta no es solo "¿Cuándo va a pasar?", sino "¿Qué está pasando en mí mientras tanto?". Porque la espera también revela. Saca a la luz nuestras motivaciones, nuestros miedos, nuestras prioridades. Nos enfrenta con nosotros mismos. Hay algo profundamente humano en querer controlar los tiempos. Nos da seguridad. Pero la espera nos enseña a soltar ese control, no como un acto de derrota, sino como un ejercicio de confianza. Y esto no es fácil. De hecho, muchas veces es incómodo, incluso doloroso. Pero también es liberador. Porque cuando dejamos de forzar los procesos, empezamos a ver con más claridad.

Un recurso práctico para transitar la espera es aprender a habitar el presente. Parece obvio, pero no lo es. Muchas veces vivimos proyectados hacia el futuro, como si la vida real estuviera siempre un poco más adelante. Esperar, entonces, se vuelve una carga. Pero si entendemos que el presente también es parte del propósito, la espera cambia de sentido. Ya no es un "mientras tanto" sin valor, sino un espacio significativo. Otro recurso es el cultivo de la gratitud. No como una negación de lo que falta, sino como un reconocimiento de lo que sí hay. La gratitud no elimina el deseo, pero lo ordena. Nos permite ver que, aun en la espera, hay vida, hay provisión, hay señales de cuidado. Esto no es un optimismo superficial, sino una mirada más amplia. El humor también tiene su lugar. Sí, incluso en la espera. Porque reírnos —con respeto y sin cinismo— nos ayuda a descomprimir la tensión. A veces nos tomamos tan en serio nuestros tiempos que olvidamos que no somos los únicos actores en la historia. Un toque de humor sano puede recordarnos eso. No para minimizar lo que sentimos, sino para darle aire. Desde una mirada más profunda, la espera también tiene una dimensión formativa. Nos enseña paciencia, pero no como una virtud abstracta, sino como una práctica concreta. Y la paciencia no es simplemente "saber esperar", sino saber cómo esperar. Con qué actitud, con qué enfoque, con qué disposición interna. En este sentido, el evangelio del Reino de Dios presenta una lógica distinta. No niega la realidad, pero la reinterpreta. Propone una forma de vivir donde el valor no está solo en el resultado, sino en el proceso. Donde lo invisible tiene peso. Donde lo pequeño cuenta. Y donde la espera no es un obstáculo, sino parte del camino. Esto no significa que todo sea fácil o que no haya momentos de duda. Los hay. Y son legítimos. La fe no es ausencia de preguntas, sino la decisión de no soltar la confianza en medio de ellas. A veces, esperar implica simplemente eso: no abandonar.

Un aspecto interesante es cómo la espera redefine nuestras expectativas. Muchas veces esperamos algo específico, en un formato determinado, en un tiempo concreto. Y cuando eso no sucede, sentimos que todo falló. Pero en el camino descubrimos que la respuesta puede venir de otra manera. No siempre como lo imaginamos, pero sí como lo necesitamos. Aquí aparece otro aprendizaje: **la flexibilidad.** No en el sentido de renunciar a lo esencial, sino de estar abiertos a que las formas cambien. La espera nos entrena en eso. Nos saca de la rigidez y nos invita a confiar más allá de nuestros esquemas. En términos sociales, recuperar el valor de la espera podría transformar muchas dinámicas. Desde la educación hasta la política, pasando por las relaciones personales. Implicaría priorizar procesos por sobre resultados inmediatos, profundidad por sobre apariencia, consistencia por sobre velocidad. No es una propuesta ingenua, sino una invitación a repensar nuestras prioridades. Ahora bien, todo esto puede sonar bien en teoría, pero en la práctica cuesta. Por eso es importante tener herramientas concretas. Algunas simples, pero efectivas: **Primero**, establecer tiempos de pausa intencional. No esperar solo porque no queda otra, sino generar espacios donde la espera sea elegida. Esto puede ser a través de momentos de silencio, reflexión o simplemente desconexión del ruido constante. **Segundo**, escribir. Poner en palabras lo que se está viviendo en la espera ayuda a ordenar pensamientos y emociones. A veces, lo que parece un caos interno encuentra claridad cuando se expresa. **Tercero,** compartir. La espera en soledad puede volverse más pesada. Hablar con otros, escuchar experiencias, recibir perspectiva, puede aliviar y enriquecer el proceso. **Cuarto**, recordar. Volver sobre experiencias pasadas donde la espera tuvo sentido. Esto no es nostalgia, sino memoria activa. Nos recuerda que no todo depende del momento actual. **Y quinto**, actuar en lo posible. Porque siempre hay algo que sí se puede hacer. Tal vez no sea resolver todo, pero sí dar pasos concretos. La espera no anula la acción, la orienta. En definitiva, **esperar es una escuela.** No siempre elegida, pero siempre significativa. Y en esa escuela, lo que se forma no es solo la capacidad de resistir, sino la de confiar. No una confianza abstracta, sino encarnada, cotidiana, real.

La palabra se hace vida cuando se traduce en decisiones concretas. Esperar con fe no es repetir frases, sino sostener una actitud. Es levantarse cada día con la misma convicción, aunque las circunstancias no hayan cambiado. Es seguir sembrando, aunque no se vea el fruto. Es cuidar lo que se tiene, mientras se cree por lo que viene. Y en ese proceso, algo cambia. Tal vez no inmediatamente afuera, pero sí adentro. Y ese cambio interno, con el tiempo, también impacta lo externo. Porque la vida espiritual no está desconectada de la realidad: la atraviesa, la transforma, la resignifica.

Esperar, entonces, deja de ser una carga para convertirse en un camino. Un camino donde la fe se vuelve concreta, donde la esperanza se ejercita y donde el amor —sí, también el amor— aprende a sostenerse en el tiempo.

Porque al final,**esperar no es perder tiempo. Es invertirlo en algo más profundo.** Es confiar en que hay un sentido, aun cuando no sea evidente. Es elegir creer que la historia no está librada al azar, sino sostenida por una intención que, aunque a veces no entendamos, siempre apunta a la vida. Y eso, en tiempos de apuro, ya es una buena noticia.

Posted in:Blog,Sin Categoría | | With 0 comments